

Una cruz almogávar y paisaje levantino en Álvaro Mutis *An almogávar cross and Levantine landscape in Álvaro Mutis*

Antonio Joaquín González
Investigador independiente
antoniojoaquin003@hotmail.com

Resumen

El ciclo narrativo de *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* concluye con dos textos: “Jamil” y “Un rey mago en Pollensa”; en ambos cambian de una manera evidente las reglas que han guiado las empresas de su protagonista. La desesperanza como principio vital se atenúa a la vez que se mantiene un ver la existencia desde la melancolía (otro de los rasgos que definen la narrativa de Álvaro Mutis). Todo ello sucede en un paisaje teñido desde un orientalismo peculiar, en el que la Historia del Mediterráneo adquiere una importancia fundamental y es la tabla de salvación para la angustia de vivir.

Palabras clave: Maqroll el Gaviero; orientalismo; exotismo; historia medieval; literatura colombiana.

Abstract

The narrative saga Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero concludes with two texts: “Jamil” and “Un rey mago en Pollensa”; in both, the rules that led the works of their protagonist are changed. The hopelessness as a vital principle is attenuated, but he continues to see existence from melancholy - this is a distinctive trait of Álvaro Mutis’ narrative. This happens in an orientalist landscape where the History of the Mediterranean acquires great importance and it is the last hope to the anguish of living.

Keywords: *Maqroll el Gaviero; orientalism; exoticism; medieval history; colombian literature.*

Planteamiento

El escritor colombiano Álvaro Mutis (1923-2013) presenta con Maqroll el Gaviero un paradigma para la nueva concepción del género de aventuras, tal y

como este se desarrolla a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Tal personaje llegó a convertirse en un heterónimo, en casi un *alter ego* del autor; tanto así que la recopilación de su obra poética habría de titularse *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía*. Sus andanzas dan lugar a todo un ciclo, tanto en poesía (sobre todo en *Caravansary*, 1981 y en *Los emisarios*, 1984), como en narrativa: *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero* (primera edición en Colombia, 1993), constituida por los relatos *La Nieve del Almirante* (1986), *Ilona llega con la lluvia* (1987), *La última escala del tramp steamer* (1988), *Un bel morir* (1989), *Amirbar* (1990), *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1991) y *Tríptico de mar y tierra* (1993). En esta última se perfilan ciertos cambios que van acercando a su protagonista a una interpretación del mundo que, si bien se vislumbra en otros momentos de su obra, es aquí donde se hace evidente sobre todo en el relato final “Jamil”, completado dos años después en “Un rey mago en Pollensa”, texto que se publicaría por primera vez en libro en *Relatos de mar y tierra* (2008). El objeto del presente estudio son estas historias de ficción.

Y ¿por qué su título? En *Los emisarios* nos encontramos con un extenso poema en prosa, “La visita del Gaviero”, en él leemos:

También le dejo una cruz de hierro que encontré en un osario de almogávares levantado en el jardín de una mezquita abandonada en los suburbios de Anatolia. Me ha traído siempre mucha suerte pero creo que ya llegó el tiempo de andar sin ella. (Mutis, 2002, p. 192)

Hay ocasiones en las que una mera frase o un solo verso sugiere todo un mundo de interpretación para la producción de su autor, más todavía en esos poetas cuya obra es épica, desde el concepto de heroísmo interior, hacia el alumbramiento del ser. Voy a aprovechar este resquicio para adentrarme en la experiencia mediterránea de Álvaro Mutis, en la luz de este mar que llama a la Historia y a la conversación, que es descubrimiento del propio ser más profundo y también exotismo porque —no nos olvidemos de ello— para los orientalistas, especialmente los decimonónicos, las orillas del *Mare Nostrum* latino eran objeto susceptible de contemplar desde la mirada de la otredad que los define.

“Un rey mago en Pollensa” vio la luz el 24 de diciembre de 1995 en la publicación periódica colombiana *El Tiempo*. Comienza años después de lo relatado en “Jamil”; su narrador tiene que viajar a Amberes; allí sabrá que Maqroll está ingresado en un hospital, como tantas veces. Un paisaje radicalmente diferente al que encontramos en “Jamil”, con personajes también distintos (la enfermera que lo

cuida es comparada a las pinturas flamencas del Renacimiento). Ha transcurrido también el tiempo de la escritura, así se puede explicar algún desliz; cosas menudas que no tienen mayor importancia, sino la de confirmar la frescura con la que Álvaro Mutis escribía, no desde la biblioteca sino desde el propio sentimiento.

La estancia de Maqroll en Pollensa ya es una mención tangencial en *Amirbar*; cuando el narrador-Mutis recibe una carta con el matasellos de esa localidad de Mallorca. Tres años antes de la publicación de *Tríptico de mar y tierra*, Álvaro Mutis ya ha situado en el Mediterráneo mallorquín a su personaje, el cual, con sus propias palabras, confiesa un estado, que prefigura el que encontraremos en “Jamil”: “Le decía que me encuentro enfermo. Se trata de algo muy diferente de las fiebres [...]. Pienso que esta vez son los años que empiezan a contar más de lo que uno quisiera, y la humedad de Pollensa que retuerce las articulaciones” (Mutis, 1997, p. 489). Parece no estar interesado en mantenerse durante mucho tiempo allí, pero la experiencia que va a vivir con Jamil cambiará drásticamente su idea.

Como uno de los objetivos que me he marcado es reconstruir desde la literatura el mundo exótico que Álvaro Mutis recrea en “Jamil”, considero oportuno recurrir a esas referencias a libros viejos que aparecen en tantas ocasiones en el macuto donde Maqroll guarda sus pertenencias; libros viejos que, desde luego, indagan en la Historia, pero no lo hacen desde los principios de la nueva Historiografía, sino buscando motivos ocultos en el pensamiento y los sentimientos de los que durante siglos han sido los protagonistas de las referencias escritas sobre el devenir humano. Recordemos que así sucede en *La Nieve del Almirante con Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis duc d'Orleans* (ejemplar que el narrador de las empresas del Gaviero compra en una librería de antiguos en el Barrio Gótico de Barcelona); o en las *Mémoires du Cardinal de Retz* (1719) y en las *Mémoires d'Otre-Tombe* de Chateaubriand (ambas nombradas en el apéndice de “Las lecturas del Gaviero”, al final de *Amirbar*). Me propongo que comencemos a ver el Mediterráneo como un territorio mítico que se origina desde la biblioteca clásica que muy bien podría ser la de Mossén Ferrán.

Antes de encarar esta cuestión, pueden resultar útiles unas reflexiones desde la obra de Gabriel Weisz, *Tinta de exotismo. Literatura de la otredad* (2007) posiblemente uno de los mejores estudios publicados acerca de este asunto. Sinónimos como *alteridad* y *otredad* nos sitúan en el ámbito de una contemplación de lo ajeno como algo extraño, desconocido y misterioso que atrae, al menos así sucede en la literatura occidental a partir de la segunda mitad del siglo XX; antes, lo exótico —y lo analiza perfectamente Edward Said en *Orientalismo*— también era

lo colonizable, el territorio peligroso de la aventura que justifica la invasión y el enganche a la bandera conquistadora, porque peligro supone tanto aventura como posibilidad de enriquecimiento. Aunque hay otro principio que define de una manera muy especial el concepto de exotismo. En sus ensayos (redactados a principios del siglo XX y publicados póstumamente en 1978 como *Essai sur l'exotisme*) Victor Segalen muestra un primer alejamiento de la estética imperia- lista, al definir al otro, a lo extraño o lo ajeno, como una necesaria herramienta de autoconocimiento hacia el que nos conduce la aventura.

En el caso del ciclo sobre Maqroll hay búsqueda de lo peligroso en pos de un enriquecimiento que nunca llega (*La Nieve del Almirante, Un bel morir, Amir- bar*), pero también nos encontramos con que el contacto con lo ajeno implica una posibilidad de rehacerse o de reconocerse ontológicamente y esto es lo que va a ocurrir en “Jamil”. Ahora bien, al acercarse a esta experiencia de la otredad, mantiene un cierto tono de aventura heredado del exotismo decimonónico y esta, en el caso de “Jamil”, es la Historia medieval. Allí puede llegar a construir su propia identidad. Para Álvaro Mutis, el Mediterráneo, lo levantino, es el paisaje de lo diferente, aunque su cosmopolitismo y su asunción de ser descendiente de españoles le conduzcan a considerar el mundo hispánico como una esencia profundamente arraigada. La evidencia de cómo lo mallorquín, en “Jamil” y en “Un rey mago en Pollensa”, es sentido como ajeno está en las experiencias estéticas de su paisaje, sus gentes, la luz, la comida y el vino. Es más, a esta vivencia experimentada por Maqroll bien se le podría aplicar estas palabras: “la isla y la mujer parecen componer un mismo objeto de nostalgia, por su lejanía y por lo que promete todo exotismo, o sea un alejamiento del entorno cultural que puede, con frecuencia, ser muy asfixiante” (Weisz, 2007, p. 45). La isla es Mallorca y la mujer, bien pudiera ser Lina Vicente, pero en este caso es la inocencia de un niño, Jamil; aunque no debemos olvidar la necesaria presencia de lo femenino para poder expresar en su plenitud la experiencia vivida por el Gaviero.

Lo ocurrido al personaje, que no deja de ser una metáfora de la propia interioridad de Mutis, es el contacto con el enigma, en su sentido de interrogación que va a provocar la indagación en pos de una respuesta (el niño Jamil y el paisaje mallorquín son esa pregunta) en la cual está la posibilidad del autoconocimiento o del enriquecimiento personal con una vivencia radicalmente distinta. Al fin y al cabo, el encuentro con el/lo otro, más o menos aventurero, implica una liberación de emociones que pueden generar una experiencia estética cercana a la iluminación o a la catarsis. Es lo que también le sucede a Álvaro Mutis cuando se encuentra con la España peninsular andalusí. Sus viajes, que no son de

aventuras, implican un contacto con una realidad ajena a su mundo americano, una diferencia que acabará iluminando su propio ser en un poema como “Una calle de Córdoba” en *Los emisarios*. Acerca de esta obra, considera que una de las experiencias fundamentales que originan buena parte de ese libro es su viaje a España. Así leemos en Hernández (1994):

En esa visita a España tuve la percepción, vi, en pueblos que todavía conservan una religiosidad profunda, algo que se podría llamar el alma secreta de España; eso me cambió y me di cuenta de que empezaba a prescindir de cantar los lugares de mi niñez. (p. 74)

De hecho, Ruiz Barrionuevo (1997) señaló que la visión negativa que define la poesía de Mutis como una “estética del deterioro” se abandona un tanto con “la intromisión en sus últimas obras de otros espacios que buscan en la historia una especie de espacio salvador en que el aura de prestigio los revista de una pátina dorada” (p. 38).

En su búsqueda de conocimiento, el ser humano siempre ha caminado hacia la luz, hacia Levante, hacia el punto del que surge el astro rey para acabar con las tinieblas, para alumbrar el territorio nocturno donde tienen cabida las pesadillas, el terror, la soledad. Se dirige la mirada hacia el horizonte, oteando el primer vislumbre que marque el camino a seguir, ahí está el gaviero desde su posición más elevada; allí en el límite entre luz y tiniebla se perfilan las fronteras de Oriente –la India, la Persia de los adoradores del fuego, la Arabia del incienso o las islas índicas de las especias–. Pero no son estos los únicos territorios donde la Verdad puede ser hallada y, así, en la tradición mítica cristiana hay un momento culminante que es el de la Epifanía, cuando ante un humilde portal llegan tres magos cuyas riquezas y sabiduría hacen que el vulgo los considere reyes. Y el viaje de esos portadores de oro, incienso y mirra –o de poder, misticismo y curación– reaviva una tradición de alumbramiento que no ha de cruzar las fronteras del Éufrates y el Tigris, ni atravesar desiertos, aunque sea con “sangre de monarcas en las uñas”; una tradición que reactiva la fuerza teúrgica de un territorio que es el Mediterráneo, una de las cunas de la civilización –una más de las muchas que provocan el encuentro de ese animal llamado hombre con la trascendencia–. Ulises recorre el *Mesogeios Thalassa* para rozar la inmortalidad y Lawrence Durrell, muchos siglos después en la isla de Chipre –*Limonos amargos*– o en Rodas –*Reflexiones sobre una Venus marina*– encontrará ese paisaje que le permite el primer paso hacia el autoconocimiento. Algo similar le va a ocurrir a ese perpetuo vagabundo

que, a la manera del loco del tarot marsellés y latino, recorre el mundo siempre insatisfecho, pues la desesperanza es una fiebre que aleja cualquier posible satisfacción. Se trata de Maqroll el Gaviero, pero también podría ser el marino vasco Juan Galardi que, en la novela *El laberinto de las sirenas* (1923) de Pío Baroja, encuentra un asidero para su errancia en las costas napolitanas.

¿Qué es Oriente –en el sentido de exotismo– para un colombiano como Álvaro Mutis? En él se produce una curiosa confluencia de Oriente (lo levantino) y Origen, dado que el solar hispano de la familia se encuentra en el Cádiz del siglo XVIII; y los sentimientos, dada la ascendencia catalana de su esposa. Para los norteamericanos –Said en *Orientalismo* lo deja claro–, este territorio comienza en las Columnas de Hércules. En Mutis, no es sentido así, como lo exótico decimonónico, sino como indagación en las propias raíces y en la Historia. Por eso no puede evitar que Maqroll acabe encontrando en Pollensa un reino que podría haber sido para él, igual que la costa napolitana lo fue para Juan Galardi o el cuerpo de Warda Bashur para Jon Iturri en *La última escala del tramp steamer*.

Ya desde la “Dedicatoria” de “Jamil” queda muy claro que la vida del Gaviero va a dar un giro decisivo, no tanto por lo que respecta a sus andanzas como en cuanto a su peculiar visión del mundo. En esto tiene mucho que decir la especial luz del Mediterráneo que ha marcado tantos instantes de la literatura. Aquí, el autor, igual que hiciera en *La última escala del tramp steamer*, afirma que “hubiera podido relatar el asunto de forma directa y como narrador omnisciente” (Mutis, 1997, p. 691), prefiere sin embargo “transcribir las palabras mismas con las cuales Maqroll nos contó su experiencia”. Aunque, en el caso de *La última escala del tramp steamer*, el narrador utiliza el estilo indirecto. Ambas historias comparten el afrontamiento a unos hechos que configuran una educación sentimental (inusitada tanto en el caso de Jon Iturri como en el de Maqroll, ambos a la vuelta del camino). Este comprometerse con lo afectivo desde lo viril se hace evidente en la carta que Maqroll ha enviado a Alejandro Obregón: “esta vez la vida ha logrado golpearme donde era” (Mutis, 1997, p. 693). Esta llamada de socorro contiene una nostalgia que se suma al espíritu melancólico que de continuo acompaña a sus empresas y tiñe de un tono especialmente tierno “Jamil” y “Un rey mago en Pollensa”.

La otredad del exotismo puede ser expresada mediante la utilización de muy diversos recursos; uno de ellos es la atención a las peculiaridades idiomáticas del lugar que se visita, aunque esa atención a la fonética ya había aparecido en *La última escala del tramp steamer*, cuando la intriga establece una relación de complicidad entre el funcionario de una empresa petrolera –Mutis– y el capitán Iturri.

Del mismo modo en “Jamil” es el idioma el que contribuye a marcar la especificidad del territorio, así en el caso de *Mossén Ferrán* “dirigiéndose a mi esposa en un catalán que se esforzaba por que no tuviese una dosis muy alta de mallorquín”, código al que se une el narrador sin problemas “entendiendo desde luego, lo que ellos se comunicaban, gracias a mi entrenamiento de más de un cuarto de siglo de estar casado con una catalana” (Mutis, 1997, p. 695).

También se manifiesta la singularidad de un territorio mediante la descripción –tanto prosopografía como retrato– de los seres humanos que lo habitan. Este recurso, desde lo peyorativo llevado a su extremo, define el exotismo de corte imperialista que se desarrolla en la literatura orientalista occidental desde mediados del siglo XIX. La primera mención de un individuo que habita este territorio nuevo que es Mallorca es la de *Mossén Ferrán*: “corpulento y desgarrado, pasados de seguro sus sesenta años, dándonos la bienvenida con una cortesía un tanto campesina” (Mutis, 1997, p. 694); a ello hay que sumar que “me llamó singularmente la atención el expresivo rostro del párroco, con sus espesas cejas oscuras, su boca de labios delgados, siempre con la sonrisa espontánea y ligeramente irónica”. Y de eso surge el retrato pues se deduce que todo ello es “de quien ha vivido ya lo suficiente como para sólo darle importancia a lo esencial y dejar el resto de lado con indulgencia para con las miserias de nuestros semejantes” (Mutis, 1997, p. 695). Aunque será en el momento de describir al taxista que ha de llevarle a Pollensa cuando de verdad se haga evidente lo ajeno: se trata de Roger, sobrino del sacerdote. Ya en su nombre hay una cierta connotación de ese ambiente épico mediterráneo: “los ojos oscuros y siempre atentos, abiertos hacia el interlocutor, denunciaban a leguas ese sustrato sarraceno de los naturales de la isla”. Y con esta afirmación sí que entramos de lleno en esa categorización del levantino orientalizante que sirve como comparsa ideal para la descripción de un paisaje; sigamos:

[...] ostentaba las mismas cejas de su tío y tenía idéntica tez olivácea, pero su pelo, renegrido y crespo, acusaba aún más el paso de las huestes de los califas por la isla. Hablaba también con voz de bajo, si bien no tan profunda como la de su pariente y con un tono aún más acentuado. (Mutis, 1997, p. 695)

Y aquí sí que ya la voluntad de otredad estética se hace evidente, con ella Álvaro Mutis entra en la nómina –y esto no se tome como despectivo, pues no lo es– de esos autores europeos de allende los Pirineos (Mérimée), americanos del Norte (Irving) o hispanoamericanos (Juan Montalvo) que llegan al territorio español

esperando encontrar unos estereotipos que, durante mucho tiempo, marcaron la geopolítica internacional.

En la toma de contacto con la realidad humana de Pollensa hay otro personaje, el tercero que es descrito con breves pero acertadas pinceladas: doña Mercé, prima lejana del sacerdote y dueña de la pensión donde se alojan el narrador y su esposa: “mujer amable y de pocas palabras, siempre vestida de negro a causa de su viudez, conservada como una distinción especial que resaltaba su presencia” (Mutis, 1997, p. 698). Va a tener un cierto relieve en el desarrollo de la conversación desde la que se genera este relato, dado que es la anfitriona. Así en palabras de Maqroll:

Mañana haremos que doña Mercé, que es también amiga mía, nos prepare en el hotel una buena sopa mallorquina y algún pescado de los que ella sabe sacar partido con verdadero genio. Sentados en la terraza frente al mar conversaremos lo que haga falta. (Mutis, 1997, p. 701)

Así esta viuda mallorquina acabará por ejemplificar esa hospitalidad esencial que encontramos en tantos relatos de carácter exótico. Cuando después de una jornada de conversación llega la noche “nos despedimos de doña Mercé quien insistió en no cobrarnos la comida. En palabras de una gentileza de otros tiempos, nos hizo saber que era una invitación suya para honrar al Gaviero y a sus amigos” (Mutis, 1997, p. 744). Esta es la manera de construir un personaje pleno con sutiles y sugerentes trazos mediante los cuales se manifiesta su calidad narrativa.

El necesario banquete que ha de acompañar las confesiones del Gaviero también nos sitúa en ese ambiente que sirve para definir el encuentro con una cultura ajena a la del viajero, y hay una clara voluntad por describirlo, como en ningún otro momento del ciclo novelesco sucede (quizá un poco durante la excursión por la bahía de Nicoya en *La última escala del tramp steamer*). Así durante la reunión en casa de doña Mercé “tomaba a sorbos espaciados un vino blanco que se servía de una garrafa de cerámica de la isla con adornos de un amarillo intenso” (Mutis, 1997, p. 702); en palabras del propio Gaviero “este vino proviene de un pequeño viñedo del que es dueña la familia de Mossén Ferrán. Es un tanto picante y áspero pero se le toma pronto ese gusto a tierra asoleada que le confiere una nobleza inesperada”. Aunque a Mutis-narrador no le parecen tan indiscutibles esas virtudes. Lo que se hace innegable es el interés por mostrar elementos característicos de la gastronomía lugareña, tal y como le sucede a alguien que recorre un territorio que le es extraño, con los sentidos plenamente abiertos. Siguen al convite, “unos sabrosos boquerones fritos”, unas “humeantes cazuelas de barro con sopa mallor-

quina” (Mutis, 1997, p. 703) y como postre una “crema cremada”. Después de la comida, el ambiente está dispuesto para la narración de otra de esas tribulaciones, que en este caso no empresa, de Maqroll.

Paisajes

Ya es de noche cuando el narrador y su esposa son conducidos a Pollensa en el taxi de Roger, pero la exaltación de los sentidos que produce la llegada a un territorio nuevo o especialmente apreciado hace que el órgano sensitivo se agudice y, desde un primer momento, el paisaje esté marcado de una manera especial por su luminosidad que “me suele transmitir una especie de orden interior, siempre anhelado y rara vez conseguido”; sensaciones que acaban transformando la realidad en una sugerencia literaria: “hay algo de homérico en esa distante fosforescencia de mundos en apacible viaje en plena noche mediterránea” (Mutis, 1997, p. 696). Esta especial categorización de la atmósfera alcanza uno de sus puntos culminantes en un escritor anglo-griego, Lafcadio Hearn (1850-1904), que en su colección de cuentos *Kwaidan* (1904) describe el aire de Horai, el país maravilloso de la mitología japonesa, como la amalgama evanescente de multitud de espíritus etéreos que contribuyen a dar una tonalidad especial, casi mística al horizonte. El cielo mediterráneo condensa la historia de las civilizaciones gestadas en las orillas de este mar. Para el escritor colombiano, el paisaje está marcado desde la connotación, desde los inicios de su poesía. Pero, en contraste con todo ello y casi como una metáfora de lo más profundo del Gaviero, la descripción de los astilleros cerrados donde ejerce como vigilante: “en las construcciones semiderruidas reinaba una oscuridad absoluta. El dique seco mostraba al aire los muñones de su antigua estructura de concreto y la armazón de madera se había derrumbado por la acción de la intemperie” (Mutis, 1997, p. 698). Esto es su hogar.

Entre el arquetipo aventurero mediterráneo que es Odiseo hasta la recuperación del género a finales del siglo XIX con Julio Verne (*Voyage au centre de la terre*, 1864) y Emilio Salgari (*Capitan Tempesta*, 1905, continuada en 1910 por *Il Leone di Damasco*), se alza ese gran monumento de la literatura española que es *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), en ella, Cervantes, ya en su lecho de muerte según la tradición, narra un viaje desde las tierras septentrionales hacia Roma. Con todas ellas comparte Álvaro Mutis algunos de los rasgos que definen “Jamil” y su continuación. En primer lugar el Mediterráneo como *topos* y en segundo la luz de este mar en el que aparecen los viajeros de Julio Verne, al llegar al Etna desde el volcán islandés Snaefellsjökull, después de unas aventuras que no dejan de serlo, por distintas, en el caso de los bárbaros peregrinos del Norte, Persiles y

Sigismunda, quienes habrán de encontrarse con la luz del Mediterráneo en una Roma que es metáfora de la fe. Se complementa, desde la similitud, en el caso de Maqroll, ese viaje desde la Tierra Caliente hacia un Mediterráneo en el cual percibe la luz de la inocencia que él perdió tempranamente en el duro vivir del marino y ahora recupera en la figura de un niño, Jamil, que le mitiga el dolor de una desesperanza que pesa más en la soledad ya pasada la mitad del camino.

La biblioteca de *Mossén Ferrán*

Desde un primer momento, se hace referencia a la biblioteca personal de *Mossén Ferrán*, la mejor de la isla en manos particulares, en sus volúmenes se fundamenta su teoría de que la isla es el centro del mundo. Los libros son la salvación para el Gaviero, la posibilidad de aislarse de la necedad y el vacío que le rodea; así durante el tiempo que dedica a cuidar del astillero en Pollensa, como en otros muchos de quietud, cuando mediante la lectura reconstruye “en la memoria un pasado que desfila como si lo hubiese vivido otro ser que en ocasiones siento ajeno a lo que soy en el presente” (p. 735).

Aunque no sólo los libros, también los trastos recogidos por Jamil son un asidero para la imaginación al llenarse de sentido, de la misma forma que las imágenes enumeradas en la poesía de Álvaro Mutis son un retazo del recuerdo. Esa costumbre de acumular objetos a los que da un sentido pleno y un orden que trasciende el desorden de la vida es el sino de los amantes de los libros y la lectura. Y Mutis lo hizo, tal y como se muestra, no sólo en su experiencia vital, también en su obra, tanto así que ese afán coleccionista de significados en las cosas que se nos muestra en Jamil ya está presente en su autor en la *Reseña de los Hospitales de Ultramar* cuando “se hace un recuento de ciertas visiones memorables de Maqroll el Gaviero, de algunas de sus experiencias en varios de sus viajes y se catalogan algunos de sus objetos más familiares y antiguos”. Donde los libros de Maqroll, los restos del mar de Jamil. Así, ante un trozo de cable púrpura, el niño imagina una historia, basada en esas aventuras que tanto agradaban a los pequeños antes de que la tecnología alienase su capacidad de imaginar. Estas imágenes de la desbocada fantasía de un niño se originan en las conversaciones tenidas por el Gaviero con *Mossén Ferrán*, y en los terriblemente hermosos grabados de Gustave Doré para la *Histoire des Croisades* de Joseph François Michaud (1877). Y así se asimilan las ensoñaciones aventureras de un niño con la tabla de salvación de la Historia a la que se aferra un adulto.

La noche de confidencias de Maqroll el Gaviero se prolonga en otro espacio muy interesante en este relato, pues contribuye a crear todo un mundo: la casa del párroco, en una iglesia cuyo origen pudo ser románico tardío, aunque en diversas

restauraciones había perdido su aspecto original. El estudio del sacerdote está tapizado de libros “salvo un breve espacio en blanco, en donde había un nicho de piedra con un hermoso crucifijo de marfil, seguramente, tallado en las Filipinas en el siglo XVII” (Mutis, 1997, p. 744). Es entonces cuando realmente el paisaje y todas las experiencias narradas van a cobrar un sentido pleno, pues Mossén Ferrán invita al narrador a descubrir los tesoros de su biblioteca especializada en el Reino de Mallorca. Ahí están una edición en catalán, de 1562, de la *Crónica* de Ramón Muntaner, otra más antigua del *Llibre dels feits* de Jaime I, la obra del bizantinista francés Gustave Schlumberger (1844-1928), la cual es la “que mayor envidia me despertó de los muchos tesoros acumulados por el clérigo” (Mutis, 1997, p. 744); cosa que inmediatamente nos recuerda uno de los más célebres relatos de Álvaro Mutis, *La muerte del estratega*. Buena parte de esos libros también han sido leídos por el Gaviero. Presentada la biblioteca, esta se configura como espacio especialmente marcado para permitir la conversación que fuera comenzada en la casa de doña Mercé. Dos espacios de hospitalidad tan diferentes a los que habitualmente encontramos en la andadura de Maqroll; ambos con un mismo tono de sacralidad primaria en virtud de una ley de acogida que hace de este paisaje humano mediterráneo un heredero de la antigua ágora donde los hombres hablaban en una edad de oro, como la cantada por don Quijote, y dirimían sus diferencias y presentaban mediante la palabra su ser más profundo que también es la Filosofía.

Igual que durante su periplo por el Xurandó en *La Nieve del Almirante*, o su estancia en la mina de *Amirbar*, la lectura es una salvación, bien sean las inquisiciones de un oscuro episodio de la Guerra de los Cien Años, bien la biografía de San Francisco de Asís, cuyas experiencias tienen, incluso, la virtud de idealizar el paisaje; pero es en Pollensa donde este fenómeno de fusión de Historia, experiencia y espacio llega a su punto culminante:

Aquí—comenzó a decir Maqroll con una voz de una monótona opacidad—, he logrado olvidar mucho de lo olvidable de mi vida y he sabido y recordado cosas que me han ayudado a poblar mi soledad, de la cual no me quejo, por cierto. No sé ya cuántas veces nos hemos enzarzado mi amigo y yo, al cobijo de su admirable colección en remembranzas de las tropelías de los angevinos en Mallorca, en inopinados detalles de la vida de Roger de Lauria y en las muchas dudas que cabe tener sobre los hechos de don Jaume el Conqueridor. (Mutis, 1997, p. 745)

Una circunstancia como esta es todavía más idónea para la confidencia, si va acompañada por el vino, así que “un ama silenciosa, de edad avanzada y marcado tipo

morisco” –obsérvese la voluntad de seguir señalando un exotismo que además de étnico es también histórico porque los libros de esta biblioteca contaminan la contemplación de la realidad– “nos trajo en una bandeja de plata una botella de vino generoso y cuatro copas de cristal con adornos pintados de varios colores” (Mutis, 1997, p. 744). Son tantos los momentos en las *Mil y una noches* en las que suceden ágapes y sobremesas similares a estas, descritas con cierto lujo de detalle en los objetos que, así, mediante la palabra de morosidad contribuye, en su recreación, a dar visos verosímiles al relato, para que el lector pueda entrar en la historia. Hasta el vino ha de tener sus propias virtudes, porque en él, *veritas*; “éste, que nunca ha sido de mi predilección, debo reconocer que esta vez mostró cualidades más notables”, conocimiento que el narrador comparte con el Gaviero, “al que sabía acostumbrado a bebidas harto más aguerridas y fogosas” (Mutis, 1997, p. 745).

Las hazañas de los almogávares comandados por Roger de Flor serán la realidad que anuncia una de las ficciones más importantes de la literatura medieval valenciana escrita en catalán; me estoy refiriendo a *Tirant lo Blanch*, libro que, precisamente, junto al *Quijote*, Maqroll lee en voz alta a Jamil, quien va a estar en contacto con unos mitos que determinan la historia del Mediterráneo. Durante la convalecencia de la infección de riñón que sufre el niño, *Mossén Ferrán* le cuenta historias de la *Biblia* y de los *Evangelios*, y alguna de estas le gusta especialmente, lo que “absorbía su atención en forma casi hipnótica eran las historias relacionadas con las Cruzadas. La muerte de San Luis Rey de Francia en Túnez le llenaba los ojos de lágrimas. También le entusiasmaba por cierto la gesta de Saladino” (Mutis, 1997, p. 750). En este gusto, Jamil coincide con su creador Álvaro Mutis, el cual en su poema “Nocturno en Al-Manshurâh” trata de la fracasada cruzada del rey francés a Egipto; hasta tal punto este personaje le conmovió que, en *Celebraciones y otros fantasmas* (García Aguilar, 2000, p. 61), confiesa: “Estos hombres segados por el destino, estas vidas que se suspenden en un instante y queda sólo un gran interrogante y una zona de tinieblas. Eso a mí me apasiona[...]. San Luis, rey de Francia”.

Siguiendo los principios de la figura retórica que es la falacia patética, el paisaje irá cambiando a medida que el relato del Gaviero llegue a momentos de gran pesadumbre:

Desde una gran ventana del estudio del párroco, el cielo nocturno de Mallorca desplegaba esa tenue incandescencia que da a las noches mallorquinas algo que no consigo definir. Si el término no pecara de pedante podría hablarse de un prestigio

helénico. Hay en ellas una serenidad por la que corren de repente temblores de presagio, anuncios de una deslumbrada revelación que nunca llega. Es como si el tiempo, sin detenerse, hubiera mudado el ritmo de su curso y nos obsequiara un instante separado de la eternidad. (Mutis, 1997, p. 752)

Es necesario retener un tanto la tristeza para que no llegue a la sentimentalidad que abruma y se transforma en vacío, así que, en ese momento aparece el ama del párroco, con una “espléndida bandeja de *pa amb tomàquet* acompañada de un jamón que se anunciaba memorable” (Mutis, 1997, p. 753). Ante la que, seguramente consciente de que está rozando abismos muy profundos de su ser, el Gaviero afirma “esta maravilla merece, mi querido *Mossén* Ferrán, un caldo más serio que el que estamos tomando” y el sacerdote, como si de un acto litúrgico se tratase, pues la biblioteca ya es el templo de la Historia, “nos sirvió él mismo de la botella un vino de oscuro color violeta y aroma a tierra recién arada”. Y hasta el vino acaba siendo otra excusa más para sentir el pasado. En palabras del *Mossén*: “lo guardo para mi uso y para disfrute de quienes saben enfrentarse a esa bebida de cruzados sin protesta del paladar”. Aseveración confirmada por el narrador cuando concluye: “Tenía razón nuestro anfitrión. Gracias al pan con tomate, el aceite y el delicioso jamón con el que lo acompañamos, pudo bajar con decoro el robusto vino que, en verdad, nos remitió a tiempos del Reino de Mallorca”.

Libros de historia

El *Libro de los hechos*, de Jaime I el Conquistador (1208-1276), rey de Aragón, de Mallorca, de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier, es una obra indudablemente de carácter autobiográfico organizada en torno a tres núcleos temáticos que marcaron la vida del monarca aragonés: la lucha contra los nobles que no estaban dispuestos a admitir su poder, la conquista de las Baleares y la del reino de Valencia. En el *Llibre dels feits*, Jaime I tiene una voluntad clara de manifestarse como cruzado, defensor del Cristianismo, de hecho acabará organizando una incursión a los santos lugares que concluirá de manera desastrosa. Prácticamente contemporáneo de Jaime I es Luis de Francia (1214-1270), al que se ha mencionado antes. Desde esa visión del mundo es evidente que se va a plasmar en buena parte del texto una descripción del mundo de frontera que implica el enfrentamiento contra los musulmanes, los cuales, por otra parte, no aparecen retratados en detalle en la obra, sino como un estereotipo de la alteridad ante la que sólo cabe la búsqueda de la victoria. La conquista de Mallorca se lleva a cabo a partir del año 1229. La decisión de realizar esta gesta comienza a perfilarse a partir de que, después de un

banquete en Tarragona, un miembro de la corte y marino, Pedro Martel le hablase al monarca de las islas; en las palabras con las que se describen las Baleares no encontramos ningún tipo de lirismo:

la isla de Mallorca tenía unas trescientas millas de contorno; que Menorca miraba hacia Cerdeña, en dirección a aquella isla, la cual se orienta hacia el gregal [viento del noreste] y que Ibiza estaba situada hacia garbino [viento del sudoeste]. Mallorca era la principal de las islas. (Jaime I, 2003, p. 117)

Y así, el 5 de septiembre de 1229, con “una bella noche de luna” y garbino suave (Jaime I, 2003, p. 131) comienza la expedición que pretende arribar a Pollensa, ya que es uno de los puertos naturales de Mallorca. Como es característico en la mayoría de los textos épicos (crónicas o poemas) medievales que tratan de la guerra contra los musulmanes, estos son presentados desde la dignidad, al fin y al cabo el valor del enemigo acrecienta la victoria. Donde, sin embargo, el *Libro de los hechos* de Jaime I muestra una aridez completa es en el planteamiento acerca de los lugares: se habla de puertos, de sierras, pueblos y fortalezas, pero está ausente totalmente el sentimiento lírico del *topos*. Como mucho se escriben unas pocas palabras acerca de las riquezas, especialmente alimenticias de las tierras que se están conquistando. Para encontrar ese sentir del paisaje hay que acudir sobre todo a la poesía andalusí. Quizá en uno de los instantes más líricos que tienen cabida en el tiempo de guerra, después de tomada Valencia cuyas riquezas han sido referidas muy de pasada, el rey Jaime I recuerda en sus memorias la incursión realizada hacia Murcia. En esa campaña, llegan a Játiva, descrita en estos términos:

contemplamos la huerta más bella que habíamos visto nunca, en villa ni en castillo; había más de doscientas barracas por la huerta, las más lindas que se pueden encontrar, y abundantes alquerías concentradas en torno a la huerta. Además de tan hermosa huerta, vimos el castillo, tan noble y espléndido. Y sentimos un gran gozo y una gran alegría en nuestro interior, deduciendo que debíamos ir sobre Játiva con nuestra hueste. (Jaime I, 2003, p. 371)

Sin embargo, Ibn Jafâya (Alcira, 1059-1138) describe su tierra andalusí en estos términos de exaltación (Sobh, 2012, p. 1187):

*El paraíso de la Eternidad no está más que en vuestra morada,
y si escogiera, elegiría el paraíso de mi bien arraigada raíz.*

*Por vivir en al-Andalus, no temas el Infierno en la otra vida.
No habrá, para quien vive en el Paraíso, entrada en el Infierno.*

Desde la segunda mitad del siglo XVIII, con los primeros atisbos del orientalismo, y especialmente en el XIX, con la eclosión plena de tal contemplación del otro, el mundo mediterráneo pasa a ser considerado como un paisaje exótico. Uno de los autores que más hizo al respecto fue el erudito alemán Adolf Friedrich von Schack (1815-1894), sobre todo con su obra *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia (Poesie und kunst der araber in Spanien und Sizilien)*, en tres volúmenes, 1865) que sería traducida al español por Juan Valera (publicada en Madrid entre 1867 y 1871) y llegaría a convertirse en uno de los hitos del arabismo. En su estudio, von Schack transmite una imagen exótica del pasado andalusí, por mucho que se fundamente en una seria investigación de documentos, más todavía en la versión que realizara el escritor cordobés Juan Valera. Fijémonos, por ejemplo en este fragmento delineado desde el mestizaje que sirve para definir el sur de Italia, las islas mediterráneas y la Andalucía estereotipada del Romanticismo. Así, en un paisaje que sirve tanto para Valencia, Granada o Siracusa, en las palabras de von Schack:

Las norias vertían agua abundante en los valles que, fecundados por ellas, producían a par de la viña y el naranjo, el algodón, la mirra, el azafrán, los plátanos y la palma. Al lado de los antiguos templos dóricos de Selino y Segeste, se alzaban los santuarios mahometanos, los palacios en el estilo fantástico y encantador del Oriente descollaban entre los frondosos jardines. (Schack, 1988, p. 223)

Paisajes en los que las ruinas grecolatinas conviven con las arábicas y posteriormente con las románicas y góticas; esas tierras son las mismas que Álvaro Mutis va a presentar en el mundo que acoge a Maqroll en sus casi últimas andanzas.

Entre los rasgos que ensalzan al adversario musulmán está el del orgullo de la resistencia al invasor cristiano. Al leer estas palabras del gobernador de Mallorca alentando a los suyos para que resistan, no puedo evitar acordarme de ese fragmento de “Un rey mago en Pollensa” en el que Jamil, llevado por la fiebre de sentirse un rey árabe arenga a las casas del pueblo. Dice así el emir de Mallorca:

Barones, bien sabéis que esta tierra la ha dominado por espacio de más de cien años Miramamolín, quien dispuso que yo fuese señor vuestro. Él lo ha poseído a pesar de los cristianos, que nunca anteriormente habían osado atacar esta tierra

hasta hoy, aquí tenemos a nuestras mujeres, a nuestras hijas y a nuestros familiares. Ahora nos dicen que les dejemos la tierra, pasando a ser sus cautivos; y, aparte del cautiverio, nos dicen algo más grave todavía: que protegerán a nuestras mujeres y que conservarán lo que obtengan. Pero, en cuanto estemos en su poder, las forzarán y harán lo que les plazca con ellas. (Jaime I, 2003, p. 164)

Esta es la dignidad del enemigo, y ante ella sólo cabe la defensa, la lucha heroica que la memoria del rey recoge en estas líneas lapidarias: “y, efectivamente, al irse de allí y volver a la muralla, cada sarraceno valía más que dos de antes”. Después de la caída de Mallorca, algunos grupos de musulmanes se hacen fuertes en las sierras, presentadas con unas pocas pinceladas descriptivas en las que más interesa lo estratégico que lo paisajístico. Es entonces cuando hacen acto de presencia esos personajes que hemos mencionado en el título del presente artículo, la situación parece complicada para los aragoneses dada la inexpugnabilidad del refugio de los rebeldes pero “don Pero Maza hizo una incursión con caballeros, hombres de hueste y almogávares” (p. 188) y los mallorquines son derrotados.

No es la primera vez que Álvaro Mutis manifiesta su interés por los historiadores de la escuela clásica francesa, recordemos el libro que acompaña a Maqroll en sus andanzas en *La Nieve del Almirante: Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat du Louis Duc d'Orleans* (1865) de Paul Raymond, publicada por la Bibliothèque de l'Ecole de Chartes. En “Jamil” se menciona a Gustave Schlumberger, historiador francés especializado en las Cruzadas y el Imperio Bizantino, y entre sus obras me interesa destacar *Expédition des <almugavares> ou routiers catalans en Orient de l'an 1302 a l'an 1311* (Paris, Librairie Plon, 1902). Ya desde las primeras palabras en la introducción, su autor deja claro el motivo que le ha llevado a escribirla: hacer conocer a los curiosos una serie de acontecimientos en los que se aúna lo sorprendente, novelesco, heroico, bárbaro, la sangrienta odisea que asoló tanto las provincias asiáticas como occidentales del Imperio Bizantino hasta desembocar en la creación de un ducado de la Corona de Aragón en Atenas. Hasta tal punto llega esta aventura que bien podría ser comparada a la expedición de Jasón en pos del Toisón de Oro, o a la *Anábasis* que narra Jenofonte y todo ello en un paisaje que fue el de la antigua épica griega.

La historia de los almogávares, además de toda una aventura, fue un elemento que interesó especialmente en el siglo XIX, en una época en la que España intentaba recuperar una categoría imperialista que había perdido como consecuencia de la independencia de las colonias americanas. Tanto fue así que en 1888, el Senado de la Nación encarga para decorar sus salas, a José Moreno Carbonero

una obra en el tamaño casi colosal que caracteriza a la pintura historicista decimonónica, de ahí surge *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*. Este tema tuvo una gran importancia a lo largo del siglo XIX: de él se ocupó Alberto Lista (el maestro de José de Espronceda), de 1858 es el poema *Roger de Flor* de Juan Nepomuceno Justiniano y Arribas, en 1864 Rafael de Castillo publica *Roger de Flor o venganza de catalanes* y de esa misma fecha es *Venganza catalana*, el drama romántico tardío de Antonio María García Gutiérrez. ¿Por qué podía interesar tanto un episodio aparentemente tan olvidado de la historia de la Corona de Aragón? En él, como muy bien se ve en el cuadro de Moreno Carbonero, se amalgama la aventura, el enfrentamiento de la barbarie contra el refinamiento acomodaticio que lleva a la decadencia; es también la expresión de unos deseos imperialistas y a todo ello hay que sumar la mirada orientalista tan del gusto en la época. Todos estos textos, incluidos el estudio de Gustave Schlumberger, que tanta envidia causa a Mutis, parten de una serie de libros canónicos entre los que cabe destacar la *Crónica catalana* de Ramón Muntaner (muerto en 1336) y la *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, de Francisco de Moncada, conde de Osona, fechada en Barcelona el 3 de noviembre de 1620 e impresa en la misma ciudad en 1623 por Lorenzo Deu. En su proemio leemos:

Mi intento es escribir la memorable expedición y jornada que los catalanes y aragoneses hicieron a las provincias de Levante, cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimación, llamados por Andrónico Paleólogo, emperador de griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa. Favorecidos y estimados en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido, y temió su perdición y ruina, pero después que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre de ellas, mal tratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara; de que nació la obligación natural de mirar por su defensa y conservación. (Cito desde la impresión de 1805 en Madrid, Imprenta de Sancha, p. 1)

Difícil será ver en este fragmento el interés que un niño como Jamil puede sentir por textos como este, sin embargo, el asunto se acerca mucho más a la estética de las aventuras cuando indagamos en torno a la personalidad de Roger de Flor, el caudillo de la Compañía Aragonesa en Grecia, que había entrado tempranamente a servir en la nave El Halcón, que pertenecía a la Orden del Temple y, ya al mando de ella, fue uno de los últimos en abandonar la ciudad de Acre, el bastión final de los reinos latinos en Tierra Santa, y acabó poniendo sus armas al servicio del Imperio Bizantino, origen de la leyenda aventurera que es la gesta de

los almogávares en Oriente. Todo ello muy resumido, pues lo demás no viene al caso. Sí que, con alguno de los numerosos episodios de batallas, sería fácil captar la atención de un niño como Jamil, que vive en estado de ensoñación aventurera, bendito aquel que no ha perdido esta capacidad que transforma la realidad de barro en oro. Esta gesta, repleta de aventuras, influiría directamente en la creación de un texto cumbre del género caballeresco hispánico como es *Tirante el Blanco* (siglo XV), pero como se dice en tantos relatos de aventuras, eso ya es otra historia.

Paisajes mediterráneos

En el ambiente mediterráneo que limita los dos últimos relatos sobre el Gaviero, hay un espacio caracterizado casi como un *locus horribilis* como tantos otros por los que ha pululado el personaje, se trata de Port Vendres, localidad francesa situada en el Departamento de los Pirineos Occidentales, en la región del Languedoc-Rosellón. La llegada de una carta con un remitente de allí supone un inmediato malestar para el protagonista. En el relato mediante el cual explica los motivos, se pergeña el itinerario de un marino por el Mediterráneo, en su caso siempre en la frontera con la legalidad vigente, como supernumerario en un carguero con bandera turca y con una documentación falsa que lo naturaliza como belga. El primer destino, Trípoli de Libia (donde tiene una cuenta pendiente que podría acabar en asesinato), Génova (donde no puede desembarcar debido a unos antecedentes policiales que supuestamente han prescrito) y finalmente Port Vendres, de donde sale una multitud de emigrantes franceses rumbo a Túnez y donde se quedará el Gaviero bajo compromiso jurado de partir a Argel en un breve plazo –cosa que le resultará imposible debido a la temible burocracia que identifica a los democráticos y burgueses países de la Europa occidental–. Este es el *topos* que se perfila hasta ahora: Pollensa, Mallorca, Turquía, Trípoli, Génova, Túnez y Argel. En ese recorrido por las orillas del Mediterráneo que son los personajes que aparecen en “Jamil”, no podría faltar una mención más detallada a la tierra de Abdul Bashur; Jamil, su hijo

tenía del Líbano una idea aproximada. Lo veía como un país de montañas y pensaba que su familia habitaba tierra adentro en medio de picos nevados. Cuando le mencionaba la costa libanesa y le hablaba de Trípoli que desde luego pronunciaba en árabe: Tarabulus esh Sham, de Sidón, de Acre, puertos cargados de historias y de milenios de prestigio marítimo, Jamil mostraba una sorpresa inusitada, como si por primera vez escuchara hablar de esos lugares. (Mutis, 1997, p. 752)

Port Vendres aparece representado casi como uno de esos círculos que forman el infierno dantesco, o purgatorio en el que algunos emigrantes “víctimas de males incurables” esperaban “partir para morir en el paraíso mirífico de la otra ribera del Mediterráneo” (Mutis, 1997, p. 706). Maqroll presenta esta ciudad en comparación a otros infiernos que ha tenido que sufrir a lo largo de su vida y llega a la conclusión de que “ha sido en Port Vendres donde he sentido más de cerca que llegaba al cabo de la cuerda” (Mutis, 1997, p. 704).

En respuesta a la carta de Lina Vicente, Maqroll viaja de Pollensa a Palma de Mallorca y de allí, en un carguero, hasta Port Vendres. En esta travesía comparte cabina con dos curiosos personajes presentados en tan gruesos como eficaces trazos: un monje que había colgado los hábitos y un platero armenio que huía de un delito cometido en Sicilia. Estas dos presencias tan pintorescas como reales recuerdan otras que se materializan desde la fantasía de una mente insana, la de Larissa, en *Ilona llega con la lluvia*: el coronel de la Caballería Ligera de la Guardia de Napoleón, Laurent Drouet D’Erlon y el relator de la Secretaría Judicial del Gran Consejo de la Serenísima República de Venecia, Giovan Battista Zagni. No son todos ellos malas figuras para representar un Mediterráneo de Historia leída desde un apasionado a ella pero también desde los afiebrados ojos del exotismo.

El paisaje de Port Vendres con el que se va a encontrar el Gaviero en estos momentos es radicalmente distinto al que conoció en su primera estancia; el mundo ha cambiado, igual que el interior del personaje a lo largo de su errancia. Frialdad, pérdida de la esencia, transformación de su condición, un mundo que para nada corresponde con lo que estamos acostumbrados a leer en las andanzas del personaje, desubicado más allá de esos territorios que le exigen una alerta que vitaliza. Recordemos al respecto cómo en *Ilona llega con la lluvia*, antes de que se produzca el fatal desenlace, ya la pareja Ilona y Maqroll han comenzado a plantearse la necesidad de abandonar un lugar que les hiela el ser; así Port Vendres como Panamá. En ambos, no existe la salvación que en los momentos de mayor penuria consuela al Gaviero: la Historia. Pero sí hay un elemento que hace más llevadera la deshumanización del mundo moderno; tal redención se encuentra en los seres humanos que, por fortuna, siempre forman parte de un paisaje que, de otro modo, sería expresión del vacío interior del individuo.

Hay un momento especialmente interesante desde el desarrollo del paisaje pleno de significado en “Jamil”; es el anochecer que acompaña a la charla de Maqroll:

Empezaba a caer la tarde y la puesta de sol, casi excesiva en su despliegue de naranjas y lilas de una variedad de tonos delirantes, nos impuso un silencio ceremonial. Cuando toda esa orgía de colores se desvaneció en un rojo cárdeno invadido lentamente por grises que recordaban los paisajes del Greco. (Mutis, 1997, p. 733)

En las crónicas medievales que tratan del Mediterráneo, el paisaje no era sentido desde lo estético; por fortuna, en algunos lugares y referido a los fenómenos atmosféricos, las cosas han cambiado poco; esto permite complementar el hecho histórico con la contemplación de la naturaleza que, aunque sea de un modo inconsciente, siempre promueve sentimientos en el que la habita o la mira. En este horizonte se produce el silencio expectante, nos encontramos ante el verbo que atrapa; el de la tradición épica del Mediterráneo, cuando se gestaron algunas de las primeras obras literarias de la humanidad; la *Iliada*, pero especialmente la *Odisea*, son herederas de ese deseo de escuchar historias ajenas. La noche se prolonga en compañía amena bajo un cielo que, en palabras de Mutis, confirma las impresiones anteriores, pues es el “de los helenos, el de los príncipes Omeyas, el que asiste al lento cabalgar del condotiero Giudoriccio de Fogliano en el Palazzo Público de Siena” (Mutis, 1997, p. 734). Es el *topos* el que sirve como apoyo continuo en la obra de Álvaro Mutis al desarrollo poético.

Las gentes

Lina Vicente, la madre de Jamil, origen del cambio que se produce en la biografía de Maqroll, es uno de esos personajes femeninos que marcan la narrativa de Álvaro Mutis. Es natural de Alcazarseguer, situada en la región marroquí de Yebala, administrativamente corresponde a Tánger-Tetuán, marcada históricamente por su conquista por el rey portugués Alfonso V en 1458 –dato histórico que de seguro tuvo presente Álvaro Mutis a la hora de escoger este topónimo–. Su padre era argelino y su madre española. Tempranamente se trasladó a Argel. Desde niña manifestó aptitudes para la danza del vientre, así que recibió clases de una pariente lejana en la *kashbah*. Los padres murieron en un accidente de autobús cuando viajaban hacia Constantine donde él iba a trabajar en las instalaciones petroleras. En todas estas referencias de carácter socioeconómico perfectamente realistas, no se abandona el tono cercano al exotismo. Cuando quedó huérfana, Lina tenía trece años, su maestra de baile la acogió en su casa y fue ella la que administró las pocas pertenencias de los progenitores. Comenzó a bailar en fiestas del barrio y, por sus dotes, acabó en una compañía profesional que realizaba giras por el Norte de África y el Próximo Oriente, así su biografía corresponde a la de “todas las

bailarinas que recorren los puertos del Mediterráneo. Poseía la milenaria sabiduría de esa danza que tiene mucho de ritual y se desarrolla dentro de pautas rigurosas que se pierden en el ignoto pasado de los hijos del desierto” (Mutis, 1997, p. 715). Tanto Maqroll como Abdul Bashur eran grandes aficionados a este tipo de danza. Así, con Lina Vicente, el relato recupera otro de esos tópicos característicos del orientalismo que es, justamente, la danza exótica de la cual encontramos ejemplos narrativos modernos en una obra como es “Herodías” (1877) de Gustave Flaubert, fragmento que es interesante volvamos a leer aquí, porque nos sitúa en una especial visión cercana a unas connotaciones pseudo-religiosas y a una estética del erotismo que está presente en alguno de los elementos utilizados por Álvaro Mutis-Maqroll el Gaviero para retratar a Lina:

[Salomé] bailó como las sacerdotisas de la India, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Inclina su cuerpo a todos lados como una flor agitada por el viento. Le saltaban los zarcillos de sus orejas, la tela de la espalda tornasolaba, de sus brazos, de sus pies, de sus ropas surgían invisibles chispas que inflamaban a los hombres. Sonó un arpa; la multitud respondió con aclamaciones. Sin doblar las rodillas, separando las piernas, se curvó de tal forma que su barbilla rozaba el suelo; y los nómadas habituados a la abstinencia, los soldados de Roma duchos en estos relajos, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las aletas de la nariz, palpitaban de concupiscencia. (Flaubert, 2007, p. 116)

Lina conoció a Abdul Bashur en Túnez y vivieron juntos en Bizerta (situada en la costa de Túnez al noroeste de su capital) durante casi un año. Esto sucedió cuando el asunto del barco que había armado en sociedad con Maqroll y el contrabando de armas con los anarquistas de Barcelona (así se relata al comienzo de *Abdul Bashur, soñador de navíos*). Tuvo un hijo y vivía con él en Túnez adonde, de vez en cuando, acudía Abdul que por esa época realizaba sus negocios por el Mediterráneo. A la muerte de Abdul, Lina decide volver a trabajar como bailarina, pero las cosas ya no pueden ser como antes y no considera la vida itinerante de la artista como la más idónea. Durante dos años trabaja en una tienda de recuerdos para turistas y acaba en Port Vendres como camarera del Ancien Café Mogador. Allí, una amiga le ha ofrecido la posibilidad de viajar a Bremen para trabajar en una fábrica; pretende reunir el dinero suficiente para poder trasladarse con Jamil a Líbano y allí vivir con la familia de Bashur, tal y como le ha ofrecido Warda, hermana de Abdul y protagonista de *La última escala del tramp steamer*. Este es el origen de la aventura que se relata en “Jamil” y “Un rey mago en Pollensa”.

No es la primera vez que Álvaro Mutis describe un idealizado tipo femenino mediterráneo o levantino –el ejemplo más evidente es Warda Bashur en *La última escala del tramp steamer*–. Ahora, en “Jamil”, al ver por primera vez a Lina, presentada desde la mirada directa, con unas connotaciones etopéyicas evidentes: “Alta, de un andar firme y elástico, los hombros ligeramente anchos” (Mutis, 1997, p. 711), como los *kouroi* de Atenas de los que hablara Jon Iturri buscando un símil artístico a la secreta armonía que transmitía Warda Bashur. Sigue con su retrato y se aproxima, un tanto, a los principios de la antropometría que caracteriza en muchos momentos la escritura de Pío Baroja cuando construye a sus personajes –la influencia de algunos elementos técnicos (fundamentalmente en lo descriptivo tanto de ambientes como de personajes) es como un eco de lecturas antiguas en Álvaro Mutis–; la cara de Lina es angulosa “con la nariz formando leve arco que le daba un aire de halcón, la barbilla saliente repitiendo un poco la línea de la nariz pero en sentido inverso, me recordó algunas caras que suelen encontrarse en el País Vasco”. Pero como el modelo se está alejando un tanto del tópico mediterráneo que interesa especialmente al autor, centra su atención en “los ojos ligeramente salientes y de un color verde oscuro que cambiaba al pálido por efecto de la luz, tenían eso sí, esa fijeza inteligente y escrutadora que suele distinguir a la gente levantina” (Mutis, 1997, p. 712).

Desde la *Odisea*, el Mediterráneo ha sido territorio de magas; cosa que en el siglo XIX, e incluso, en ciertos textos del siglo XVI como *Clarián de Landanís* (1518) llegará a convertirse en un tópico del Orientalismo, por eso no nos sorprende que Lina tenga “algo de santón o de sacerdotisa de un rito olvidado en esa mirada que me confirmó los atributos de carácter que su carta me había revelado”. El autor está procediendo aquí como un exotista del siglo XIX, cuando se describía la realidad desde un paradigma que se había fraguado en su mente. Este tipo misterioso entre sacerdotal y erótico también se anuncia en el poema “Qedeshim qedeshóth” de Gonzalo Rojas que sirve como pórtico a *Ilona llega con la lluvia* o a la presentación de Jalina en *Abdul Bashur, soñador de navíos* (González, 2016, p. 189).

Falta por caracterizar un rasgo de Lina: su hablar “español era correcto y fluido, pero con un marcado acento árabe” (Mutis, 1997, p. 712). Esta afirmación nos pone alerta: Maqroll sabe árabe –de hecho hablará este idioma en algún momento con Jamil para que no olvide su lengua materna–; la escena se produce en Francia, en una zona que es catalanoparlante, ¿por qué esa referencia a la utilización del español? Podemos sugerir una respuesta: el necesario mantenimiento del tópico exótico en una pronunciación que también define al personaje desde el orientalismo.

En “Un rey mago en Pollensa” se va a construir realmente la personalidad orientalista del personaje que es Jamil y todo sucede a raíz de una representación navideña en la escuela parroquial de Pollensa. Jamil va a ser uno de los Reyes Magos que acuden a adorar a Cristo, gracias a ello y en palabras del mismo niño: “yo quiero ser Rey Mago. Seré por una vez Jamil al Malik” (Mutis, 2008, p. 233). Hasta tal punto llega su identificación con el personaje “como si siempre hubiera vivido en la corte de los Omeyas”. En la definición de Jamil abstraído plenamente en la figuración de su personaje, hay una serie de elementos que nos sitúan en ese ambiente de exotismo mediterráneo que caracteriza estos dos últimos relatos acerca de Maqroll el Gaviero, aunque hay que decir que ya están presentes también en uno muy anterior como es *La muerte del estratega*.

Conclusión

En apariencia, es difícil enmarcar al escritor colombiano y premio Cervantes Álvaro Mutis en la nómina de escritores orientalistas, sin embargo, si interpretamos esta taxonomía desde unas bases diferentes a las que la definen en los siglos XVIII, XIX y primer tercio del XX podemos comprobar cómo un paisaje (en este caso la isla de Mallorca) genera una visión del mundo transformadora del ser. El exotismo viene a originar una ontología que permite el autodescubrimiento del personaje y del creador. Las empresas y las tribulaciones de Maqroll el Gaviero siempre se han visto guiadas desde el precepto de la desesperanza y el de la melancolía. Con “Jamil” y “Un rey mago en Pollensa”, se atenúan un tanto ambos sentimientos desde una mayor lucidez, reflejo, muy posiblemente, de las vivencias del autor en el momento en que escribió estos textos. Aparentemente, buena parte de las costas e islas del Mediterráneo ya no pueden ser consideradas desde el paradigma de lo exótico, sino como centros de turismo afiebrado y vacío; pero Maqroll el Gaviero encuentra en Pollensa, en Jamil y en la Historia una salvación que supone encontrar en el pasado y en la luz del Levante una posibilidad de escapar de la nada que es la vida vacía de sentimiento. Todo ello implica una variación muy clara en las normas existenciales definidoras del resto de los relatos que configuran la obra de Álvaro Mutis.

Referencias bibliográficas:

- Bardavío, J. (1977). *La novela de aventuras*. Madrid: SGEL.
- Canfield, M. (1995). “Maqroll el Gaviero: de la poesía a la novela”. *Cuadernos de Literatura*, 1(2), pp. 37-43.

- Fernández Ariza, G. (2015). *Álvaro Mutis, cronista de viajes*. Zaragoza: Libros Pórtico.
- Flaubert, G. (2007). *Tres cuentos*. Madrid: Cátedra.
- García Aguilar, E. (2000). *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Álvaro Mutis*. Barcelona: Casiopea.
- García Berrio, A. y Huerta Calvo, J. (1992). *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra.
- González Gonzalo, A. (2016). *Poesía visionaria y novela de aventuras. Sobre Álvaro Mutis*. Seattle-Washington: Kindle-Amazon.
- Hernández, C. (1994). “Razón del extraviado: Mutis entre dos mundos”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 523, pp. 69-78.
- Jaime I (2003). *Libro de los hechos*. Madrid: Gredos.
- Mutis, Á. (1997). *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Madrid: Siruela.
- _____ (2002). *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía reunida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2008). *Relatos de mar y tierra*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Pérez Vejo, T. (2015). *España imaginada. Historia de la invención de una nación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ruiz Barrionuevo, C. (1997). “Summa de Maqroll. La poesía de Álvaro Mutis”. En Á. Mutis, *Summa de Maqroll el Gaviero (Poesía 1948-1997)* (pp. 7-57). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Schack, A. F. von (1988). *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*. Madrid: Hiperión.
- Sobh, M. (2012). *El diván de la poesía árabe oriental y andalusí*. Madrid: Visor.
- VV. AA. (2004). *Álvaro Mutis. Paraíso y exilio, figuras de un imaginario poético*. Barcelona: Revista Anthropos.
- Weisz, G. (2007). *Tinta de exotismo. Literatura de la otredad*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.